

CAPITULO XXIV.

Salida del ejército de la capital—Su division en dos secciones—Marcha de la primera a Queretaro y de la segunda hasta Puebla.

Al adoptarse en la junta de la Ciudadela la resolucion de que el ejército abandonara la capital, retirándose en la noche á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, ni la misma junta, ni el general en jefe pensaron en el plan de operaciones que se debia seguir: nada se resolvió sobre la conducta posterior del gobierno, nada se tocó sobre medidas de política ó guerra: el porvenir de la República quedaba envuelto en la confusion y el olvido.

A fin de llevar á efecto la resolucion de la junta, el general Lombardini, que acababa de ser nombrado en jefe del ejército, dispuso que dos ayudantes retiraran las tropas de los puntos en que se encontraban, y les diesen las órdenes de ponerse en camino para la garita de Peralvillo, donde debian hacer alto. Por un descuido inconcebible, las únicas fuerzas que se retiraron, fueron las que habia en la Ciudadela, en la casa de Ayllon, en la Acordada y en el Portillo de San Diego, quedando enteramente olvidadas las del Niño Perdido, la Profesa, San Fernando y otras que cubrian el servicio de la plaza.

El general Alvarez, con trescientos infantes del Sur, y la caballe-

ría, dividida en dos brigadas, á las órdenes de los generales Quijano y Andrade (D. Manuel) salió ántes que el resto de las tropas. Atravesó por la ciudad de Guadalupe, en donde dejó al regimiento de Húsares y escuadron de Veracruz, y continuó su marcha hasta San Cristóbal.

A los once de la noche comenzaron á salir los trenes y la artillería, que debian tomar la delantera. Desde ántes habian estado trabajando con un empeño digno de elogio en arreglarlo todo para la retirada, así el general Carrera, director del arma, como los principales gefes de ella; pero á pesar de sus esfuerzos, la precipitacion con que se iba á emprender la marcha, y la falta de mulas, impidieron que se sacase todo el inmenso material de guerra que existia en la Ciudadela. Se salvaron no mas catorce piezas, con algunos carros de parque y parte de los trenes, quedando allí varios cañones y un acopio considerable de fusiles y otros útiles de guerra, que cayeron al siguiente dia en poder de los enemigos.

La infantería se dividió en cuatro secciones, que tomaron por diversas calles, para no embarazarse en la marcha, debiendo reunirse en la espresada garita de Peralvillo. Mandaba la primera el gobernador Olaguíbel, y se componia de los nacionales que habia traído de Toluca. La segunda, formada de los batallones de Lagos, Iturbide y Tula, iba á las órdenes del comandante de batallon Arroyo. Dirigia el general Martinez la tercera, cuya fuerza constaba de muchos piquetes de varios cuerpos. Por último, se veia al frente de la cuarta al general Perez, á quien obedecian los restos de los cuerpos ligeros y del 11.º de línea.

Las brigadas marchaban en silencio; la tristeza reinaba en todos los corazones. Se alejaban con sentimiento de la ciudad que habian defendido, considerando que el Sol del dia siguiente alumbraria la entrada triunfante de los enemigos, quienes iban á ver cumplida la amenaza que todos habiamos despreciado, como hija de un delirio del orgullo.

Los cuerpos que llegaron primero á la garita, hicieron alto, hasta que estuvieron todos reunidos. Entónces empezaron á recogerse los desgraciados frutos de la desmoralizacion, que tantos golpes consecutivos habian introcuido en el ejército. Los soldados, favorecidos

por la oscuridad, comenzaron á desertarse, disminuyendo así la fuerza, ya no muy crecida, que habia salido de la ciudad. Los que no cometieron aquel delito, buscaron el descanso que reclamaban las continuas fatigas de los últimos dias; y pronto unos olvidaron en un grato sueño sus trabajos pasados, mientras que otros, sin poder cerrar los ojos, pensaban en los males que tendrían aun que sufrir, y en el porvenir sombrío y desconsolador de la República..... Esto pasaba á la una de la noche.

A pocos momentos el general Lombardini dispuso que se continuase la marcha. Obedeciése su orden, pero no sin que la tropa prorumpiera en murmuraciones, porque se interrumpía su sueño, y se le impedía disfrutar por mas tiempo el reposo de que tenia tanta necesidad.

El general Santa-Anna, que habia salido de México á las doce de la noche, estaba en Guadalupe cuando llegó allí la infantería, á la que ordenó que tomara el rumbo que de aquella ciudad va para Tlalnepantla. Al amanecer del 14, las tropas que iban por delante, oyeron á su retaguardia algunos tiros, que ocasionaron una terrible alarma, convertida bien pronto en espantoso desorden. Esparcióse la voz de que los americanos venían en persecucion del ejército: se atribuyó el tiroteo á una avanzada suya, y los soldados mexicanos, sin pensar en la inverosimilitud de semejante suceso, le dieron crédito, cediendo á un terror pánico los mismos que habian afrontado peligros verdaderos. Tal era el estado de desconcierto á que se veían reducidos los restos de las fuerzas que habian defendido la independencia nacional.

Los tiros que originaron el desorden, habian sido disparados por algunos soldados del batallon Matamoros, cuerpo que mandaba el diputado Othon, quienes contaminados del mismo espíritu de descontento, que se generalizaba por instantes, se habian empezado á desbandar, descargando sus fusiles en todas direcciones, muy ajenos de pensar en el desorden que iban á promover con aquel ruido.

El general Santa-Anna, que oyó tambien los tiros, y creyó como muchos otros que eran del enemigo, y que éste le iba á cortar la retirada, fué en persona á hacer contramarchar á la infantería; pero cerciorado luego de que el peligro que temía era imaginario, dispuso que siguiese adelante. Consultó entónces con el general Herrera, que iba

en su compañía, un plan que habia formado, y que consistia en que dicho general con la infantería, la mayor parte de la artillería y todos los trenes, se dirigiera para Querétaro, mientras que él con la caballería y cuatro piezas ligeras, marchaba sobre Puebla, en cuya ciudad esperaba, favoreciendo al general Rea, sorprender á la corta guarnicion dejada allí por Scott, y obligarlas á rendirse. El general Herrera escusaba encargarse del mando, alegando sus enfermedades, y la dificultad de conservar el orden y la disciplina en una division desmoralizada ya, y á la que sin duda acabaria de exasperar la falta absoluta de socorros y alimentos. Sin embargo, instado con empeño para que se resignara á sufrir los disgustos que preveía, se decidió á hacer este sacrificio en obsequio de la patria, é inmediatamente se puso en marcha con la division, delante de la cual habia dicho Santa-Anna el plan.

Este general regresó á Guadalupe, y tomó de allí el camino para San Juan Teotihuacan, con el objeto de alcanzar á la caballería que seguía ya aquel rumbo.

La mañana del 14 era triste y sombría, como el destino de la República. Habia una niebla tan espesa, que los objetos dejaban de distinguirse á pocos pasos de distancia: luego empezó á caer una llovizna ligera, pero constante, que empapó á los soldados, y aumentaba el frio intenso que se sentía. Se llegó á Tlalnepantla, donde se dió á la tropa una hora de descanso, pasada la cual se prosiguió la marcha para Cuautitlan.

Mientras las dos secciones en que se habia dividido el ejército, caminaban así por distintos rumbos, conforme al plan adoptado, el pueblo se levantaba en la capital contra los invasores; pero buscando un apoyo que los sostuviera, no faltó quien pensara en avisar al general Santa-Anna lo que pasaba, escitándolo á que volviera con las tropas á favorecer el levantamiento. El que llevó la noticia, fué el ciudadano Próspero Perez, uno de los cabecillas del pueblo, quien alcanzó en Tulpetlac al general en jefe. Este, en cuanto supo lo sucedido, determinó que volvieran sobre México las fuerzas de su mando directo, y despachó un ayudante al general Herrera para que lo mismo hiciera la infantería.

Una hora llevaba ésta de hallarse en Cuautitlan, cuando se recibió

la orden referida. Notable fué en algunos el disgusto con que vieron esa disposicion, que los obligaba á volver á sufrir los peligros, y á padecer los trabajos de la guerra, cuando ya se veian libres de unos y otros con la retirada. No obstante, la tropa se disponia á ponerse en marcha, cuando se presentó un nuevo ayudante con otra orden para que se siguiera á Querétaro, por los motivos de que se va á hablar.

El general Santa-Anna, informado por Perez de lo ocurrido, se dirigió desde el pueblo de Tulpetlac á la garita de Peralvillo, donde colocó á los infantes del Sur, tratando de aprovechar en su defensa los parapetos construidos para recibir al enemigo; hizo entrar á la ciudad parte de los regimientos 5.º, 9.º y de Guanajuato, los que llegaron hasta Santa Catarina y la Concepcion, lanceando á algunos americanos, y se retiraron en seguida. A la oracion de la noche contramarcharon todos á Guadalupe, porque el general Santa-Anna estaba en la inteligencia de que el movimiento de la capital habia sido una cosa despreciable, y no dudaba que el enemigo pronto venceria la resistencia del pueblo. En consecuencia de esta opinion, mandó la orden de que arriba se hizo mérito, para que la infantería continuara la marcha á Querétaro.

Antes de seguir adelante, conviene decir lo que hizo el Lic. Olaguíbel, para no dejar incompleta la relacion, en lo perteneciente á la seccion de su mando. Olaguíbel, que salió de México con su infantería, se adelantó á Tlalnepantla, donde se separó de la division que marchaba á las órdenes del general Herrera, despues de haber proporcionado á éste, á petición suya, algunas órdenes para que de las rentas de los pueblos por los que se pasara, se franqueasen recursos. Permanecia aun en Tlalnepantla, cuando supo que los habitantes de la capital hacian armas contra los americanos. Con el objeto de adquirir noticias exactas de los acontecimientos, salió del pueblo en que se encontraba, y llegó hasta los Ahuehuetes. Allí se detuvo, y formando la opinion de que lo de México era de poca importancia, volvió á Tlalnepantla, donde pasó la noche.

Al dia siguiente, para saber si la resistencia continuaba, despachó á una persona de su confianza á que se informara con exactitud de los sucesos; y como á su vuelta se los pintó el comisionado muy insignificantes, dándoles ménos valor del que en realidad les correspon-

dia, se resolvió á no prestar auxilio á los que se defendian, y se afirmó en su primera idea de retirarse con su fuerza á Toluca, por un largo rodeo.

Antes de ponerse en marcha, llegó á su noticia, que varios gefes y oficiales de la division de Herrera opinaban porque en vez de ir á Querétaro, se retirara á Toluca. Desagradóle en extremo esta idea; y en pugna desde entónces con los militares, á quienes echaba en cara no haber cumplido con sus deberes, se obstinaba en oponerse de todos modos á que las tropas quedaran en el Estado de su mando. Determinado, pues, á llevar adelante esta resolucion, tomó por fin el rumbo de Toluca, por el camino de Nijini.

La division de Herrera salió el 15 para Huehuetoca, á donde se llegó sin que ocurriera novedad particular en el camino. Se puso la tropa á descansar; pero no llevaria mas que una hora de reposo, cuando el teniente coronel Cadena, ayudante del general Santa-Anna, se presentó con la orden de que se hiciera una nueva contramarcha, porque en México se seguia peleando con los enemigos, y era muy urgente auxiliar á los que sin apoyo militar se defendian.

El general en gefe en la mañana del 15 habia recibido nuevas noticias, exageradas y patéticas, de que en la capital no cesaba el combate, á consecuencia de lo cual volvió como el dia anterior á la garita de Peralvillo, con la caballería é infantería del Sur, enviando al mismo tiempo á Cadena para que contramarchara la division que habia llegado ya á Huehuetoca. En Peralvillo no oyó mas que algunos tiros parciales, por los que se persuadió de que la resistencia del pueblo tocaba á su término. No dió, por lo mismo, auxilio alguno: permaneció á la expectativa hasta las siete de la noche: á esta hora regresó á Guadalupe, desde donde comunicó otra orden á la infantería, para que definitivamente siguiera á tierradentro.

El 16 hubo una junta de guerra, despues de la cual el general Santa-Anna hizo dimision del mando supremo, que se admitió, á virtud de las facultades extraordinarias, disponiendo que se encargara de la presidencia de la República D. Manuel de la Peña y Peña, como presidente de la suprema corte de justicia, y nombrando de asociados á los generales Herrera y Alcorta. En seguida se puso en marcha, rumbo á Puebla, para llevar adelante su proyecto.

Separémonos de él por ahora, mientras referimos lo que pasaba en la division de infantería, á la que hemos dejado en Huehuetoca, preparándose á hacer la contramarcha sobre México. En efecto, se puso en camino para Cuautitlan, no sin incurrir varios soldados en las faltas de disciplina y subordinacion, que desde ántes habian empezado á cometerse. La desercion, que comenzó tambien desde la salida de la capital, se hizo entónces sobremanera notable, pues pasaron de mil los soldados que perpetraron ese delito. El contagio del desorden cundió hasta el cuerpo de Inválidos, compuesto de soldados viejos y aguerridos, que infinitas veces habian dado pruebas de valor y constancia, y que entónces, en un momento de irreflexion, echaron una mancha sobre su larga carrera de buenos servicios, indisciplinándose casi todos en momentos tan críticos, y obligando á los gefes á que los desarmaran para evitar otros trastornos.

En la noche descansó la fuerza de Herrera en Cuautitlan, persuadida de que el 16 continuaria en marcha para México. No sucedió así: la nueva disposicion, ya referida, del general Santa-Anna, la hizo volver á tomar el camino de Huehuetoca. Cosa de juego parecia aquel continto movimiento: se traia á los soldados de aquí para allá: se les mandaba ir á un punto, y apenas se encontraban en él, cuando se les hacia contramarchar: á poco se ordenaba que volvieran al lugar de que habian salido: luego se determinaba que retrocedieran otra vez; y tantas idas y venidas, mal calculadas, ejecutadas con disgusto, infructuosas, perdidas, solo servian para cansar á las tropas, para escasperarlas mas y mas, para fomentar la desercion y el desorden, para dar lugar á la continuacion de los escesos á que se habian entregado desde un principio.

Provenian éstos del estado de desesperacion á que habian llegado los soldados, quienes se contenian aun, cediendo á las órdenes y consejos de sus gefes miéntras que permanecian en las filas, pero que no oian mas voz que la de su despecho en cuanto las abandonaban. El número de desertores, dispersos y rezagados crecia por momentos: una vez entregados á su propio albedrío, cometian tropelías de todo género, separados unos de sus compañeros, reunidos otros en guerrillas, que dejaban tras sí, por sus desmanes, una huella de horror en las poblaciones por donde pasaban. Se metian en las milpas á cojer

elotes: cuando encontraban alguna vendimia, se arrojaban sobre ella, la comian sin pagarla, y aun maltrataban á sus infelices dueños: en los pueblos intentaban saquear las tiendas: en las ventas y figones consumian cuantos comestibles encontraban, sin entregar su precio; y ninguna consideracion los detenia con tal de saciar su hambre y satisfacer sus necesidades.

El general Herrera, con incesante afan, trataba de evitar que aquellos graves desórdenes se hicieran estensivos á las tropas que mandaba, las que conservaban todavía alguna disciplina. Valíase del prestigio de su nombre, y de cuantos medios le sugeria la prudencia, para hacerse de recursos, y ser ménos oneroso á las poblaciones del tránsito. Pedia comestibles en las haciendas: los dueños y administradores los franqueaban, pocos de buena voluntad y generosamente; los mas solo por obviar mayores daños. Esta misma conducta observaban los que temian que los soldados se echasen sobre sus ganados, tiendas, trojes ó eras, dando así, á virtud de la necesidad, lo que podríamos llamar donativos forzosos, porque con muy cortas escepciones, lo que proporcionaban en auxilio de la division, era de mala gana, renegando, y sin mas mira que la de libertarse de mas costosas exigencias.

En Tula se tomó por la fuerza toda la existencia de tabacos, la que se repartió á la tropa por via de socorro. De aquí resultó un despilfarro completo, en razon de que los soldados vendian lo que les habia tocado, en la tercera ó cuarta parte de su valor. En la Goleta, entre otros acontecimientos desagradables, ocurrió el lastimoso de un pobre pollero, á quien mataron por quitarle unos pollos. De la Goleta á Arroyozarco, de Arroyozarco á San Juan del Rio, de San Juan del Rio á Querétaro, los desmanes de los dispersos y desertados continuaron, los escesos se repitieron, las faltas se multiplicaron; pero como todo esto no era mas que la prosecucion de lo que hemos procurado describir, no entraremos en nuevos pormenores, contentándonos con manifestar, que esta funesta marcha dió lugar á todos los deslices que eran de esperarse de unos hombres hambrientos, maltratados, agobiados de trabajos, y que habian perdido ya, al abandonar sus banderas, el freno de la disciplina, única cosa que hubiera podido restablecer el orden.

Por fin, los restos de la division, que tambien habia incurrido en algunas faltas, llegaron á Querétaro, término de su camino. Allí les esperaban nuevos sufrimientos, nuevas penalidades, que no deben quedar ignoradas, pero cuya esplicacion no toca á este artículo.

Volvamos ya al general Santa-Anna, que durmió el 16 en San Juan Teotihuacan. Los mismos síntomas de insubordinacion y desarreglo que hemos notado en la division de infantería, hubo en la que él llevaba; y aun rigurosamente puede decirse, que el ejército quedó casi destruido desde que en Guadalupe se determinó que se retirasen los gefes y oficiales que quisieran, y que solo siguieran á las fuerzas los que voluntariamente se convinieran en hacerlo. La dispersion que ocasionó esta medida, fué verdaderamente incalculable.

El 17 permaneció la fuerza en Teotihuacan, esperando que se les reunieran todos los piquetes y rezagados que no se habian presentado aun. El 18 se anduvieron nueve leguas, continuando las brigadas á las órdenes de los generales Quijano y Andrade. El cuartel general llegó á San Lorenzo. El 19 se rindió en la hacienda de Guadalupe una jornada de diez leguas. Allí dió un ejemplo de insubordinacion escandalosa un sargento del escuadron de Veracruz, que despues de disparar su carabina en medio de una multitud de gente, escitó á todos sus compañeros enérgicamente á que se desbandaran y desertasen. Quién sabe qué resultado habria tenido este alboroto, si los Húsares no hubieran contenido el desórden.

El 20 continuaron las brigadas hasta los pueblos de Chautempan y Tlaxcala, en cuyo último punto ocurrió el cómico lance de que una guerrilla robara á los aposentadores del ejército. Santa-Anna habia determinado que en aquel lugar recibiera el castigo de su falta el sargento del escuadron de Veracruz, al que mandó fusilar. Se habia formado ya el cuadro, é iba á verificarse la ejecucion de justicia, cuando el general Quijano y otras personas de influjo se empeñaron en conseguir el perdon del delincuente, el que lograron del general en gefe. El delito, por lo mismo, quedó impune; y esta autorizacion, dada á los revoltosos para que quebrantaran la disciplina y cometiesen escesos, produjo en los dias siguientes resultados bastantes desastrosos.

Las tropas permanecieron en los pueblos mencionados hasta el 23:

el 24 marcharon á la fábrica de Antuñano; el 25 entraron á Puebla, donde se encontraba ya desde ántes el general Rea, batiéndose con su guerrilla y la parte de la poblacion que habia tomado las armas con entusiasmo, contra los americanos, retirados á los cerros de San Juan, Loreto y Guadalupe, y al cuartel de San José, puntos que de antemano habian fortificado.

El general Santa-Anna, recibido como un salvador por el pueblo, recorrió la ciudad al frente de sus soldados, notando que por todas partes renacia el espíritu público, y que gran parte de los habitantes tomaban las armas en defensa de su independencia agonizante. Luego regresó al Molino de Santo Domingo, donde pasó la noche, halagándose con la idea de un triunfo, que volveria parte de su esplendor perdido á nuestras armas, tan constantemente perseguidas por la fortuna.

El 26 avanzó el general Alvarez con la primera brigada hasta el Cármen, y desde aquel dia comenzaron los tiroteos y escaramuzas con las tropas americanas. En el artículo siguiente se hablará de estos sucesos con estension, continuándolos hasta referir el nuevo descalabro de Huamantla.

